

FRIEDRICH NIETZSCHE: EXHORTACIÓN AL PUEBLO ALEMÁN

Traducción del alemán, introducción y notas de Montserrat Armas Concepción

NOTA INTRODUCTORIA

En el año 1868 Friedrich Nietzsche conoció a Richard Wagner en casa del profesor Brockhaus en Leipzig. Éste fue el comienzo de una amistad que vino a consolidarse unos años más tarde en lo que se ha denominado el «Idilio de Tribschen» (1869-1872). Durante estos años fueron muchos los planes proyectados. Los dos vivían esperanzados de poder contribuir a la renovación del espíritu y la cultura alemanes. Con el propósito de realizar este sueño, a finales de septiembre de 1872, el músico parte para Bayreuth. La tristeza de Nietzsche, que quizás intuía la pérdida de su amigo, contrastaba con la alegría de Wagner, quien veía cada vez más próxima la edificación del gran teatro de Bayreuth. Este proyecto, gestado en 1870, contagió a mucha gente; y entre ellos encontramos, como figura destacada, al joven profesor de Basilea. Así, el 19 de junio de 1870, éste confiesa por carta a Cósima Wagner la esperanza que abriga de poder suspender por un par de años sus clases para dedicarse en cuerpo y alma al proyecto.

La construcción del teatro parecía imparable. Importantes personalidades como el rey Luis II de Baviera, el banquero local y el alcalde de Bayreuth apoyaron desde el principio la edificación del nuevo teatro. Sin embargo, era necesario convencer a una población recelosa y desconfiada de la importancia de esta obra en favor del nuevo movimiento cultural, capitaneado por Richard Wagner, que se venía gestando desde hacía algunos años en Alemania.

El 22 de mayo de 1872, coincidiendo con el 59 cumpleaños de Wagner, se pudo colocar la primera piedra del teatro. Todos los wagnerianos se dieron cita en Bayreuth para festejar tal evento; sin embargo, los apuros financieros no tardaron en llegar. Un edificio de estas características necesitaba grandes inversiones de dinero, y es en este contexto en el que Wagner pide a Nietzsche en 1873 que escriba su *Exhortación al pueblo alemán*, un pueblo que, sumido en su ignorancia, desconoce la grandeza y el valor del momento histórico en el que está inmerso. Este pueblo es el único que tiene el poder para hacer realidad o destruir el sueño wagneriano. La respuesta de Nietzsche fue inmediata. Envío un texto calificado por Cósima Wagner de inteligente y hermoso. Pero en aquellos momentos estas cualidades a nadie le parecieron valiosas, lo que provocó el rechazo del texto. «¿De qué nos sirve la inteligencia?» —se pregunta Cósima Wagner en una carta dirigida a Erwin Rohde— «Nos ayuda sólo la confianza y la verdad [...] Por las tardes un pequeño banquete en el *Sonne* con delegados y el consejo administrativo»¹. Éste es uno de los muchos ejemplos en que salen

a relucir las diferentes naturalezas de que estaban hechos Nietzsche y Wagner. El joven profesor sólo sabía combatir con la palabra inteligente y sincera, mientras que Wagner conocía además otro tipo de tácticas casi siempre más efectivas. La *Exhortación* de Nietzsche fue, por tanto, rechazada por los delegados reunidos en Bayreuth, que le proponen al profesor Adolf Stern la elaboración de otro texto menos candente. Al final se apostó no por un texto combativo, sino por una sencilla llamada a la suscripción.

No creemos que el rechazo del texto afectara excesivamente a Nietzsche, pues ya no hablamos del Nietzsche de Tribtschen, es decir, de un incondicional del proyecto wagneriano. Cuando Wagner marchó a Bayreuth, una amistad que parecía invulnerable se fue enfriando, la intimidad disminuyó, y entre ambos llegaron incluso a surgir algunos desencantos. De hecho, es por esta época cuando Nietzsche comienza a proteger celosamente su libertad frente a Wagner como un acto necesario y saludable. La *Exhortación* fue escrita en un período de cambio. El Nietzsche intempestivo comenzaba a atravesar una etapa de transición. Atrás quedará el Nietzsche filólogo y servil. El texto que aquí presentamos va a ser una de las últimas ocasiones en que el joven profesor de Basilea salga en ayuda de Wagner, siendo la última de ellas, como todos sabemos, la *IV Consideración intempestiva. Wagner en Bayreuth*, que vio la luz en el verano de 1876, antes de iniciarse el Festival.

EXHORTACIÓN AL PUEBLO ALEMÁN²

Escuchadnos. Hablamos como amonestadores, y la voz de amonestador, sea éste quien sea y resuene su voz donde resuene, siempre tiene razón. Por eso, vosotros que sois amonestados tenéis el derecho de deciros a considerar a vuestros amonestadores hombres honrados y razonables que sólo se manifiestan cuando el peligro os acecha y que se espantan de encontraros tan mudos, indiferentes y desprevenidos. Podemos atestiguar de nosotros mismos que hablamos con un corazón puro y que sólo queremos y buscamos lo Nuestro en la medida en que es también lo Vuestro, a saber, la prosperidad y la honra del espíritu y del nombre alemán.

Se os ha comunicado qué fiesta se celebró en *Bayreuth* en mayo del año pasado. Allí se pretendió colocar una enorme piedra que sirviera de cimienta, bajo la que sepultamos para siempre muchos temores y con la que creímos confirmadas definitivamente vuestras más nobles esperanzas o, más bien, como debemos decir hoy, creímos erróneamente confirmadas. Porque ¡ah, cuánto engaño hubo allí! Todavía hoy perviven aquellos temores, y si en modo alguno hemos olvidado abrigar esperanzas, nuestro grito de socorro y nuestra exhortación actuales revelan que nues-

¹ Citado en *Friedrich Nietzsche. Chronik in Bildern und Texten*, dtv, München-Wien, 2000, p. 305.

² NIETZSCHE, F.: *Sämtliche Werke*, Deutscher Taschenbuch Verlag de Gruyter, Berlin/New York, 1980, Band 1, p. 891 y ss.

tro miedo supera a nuestra esperanza. Sin embargo, aquél va dirigido contra vosotros, que no queréis en modo alguno saber lo que ocurre y quizá tampoco, por ignorancia, evitar que algo ocurra. A decir verdad, no conviene ser por mucho más tiempo tan ignorante; en efecto, casi parece imposible que alguien siga siéndolo todavía hoy, después de que el grande, valiente, inquebrantable e imparible luchador Richard Wagner responde desde hace muchas décadas, bajo la mirada atenta de casi todas las naciones, de unas ideas a las que en su obra de arte de Bayreuth ha proporcionado su forma última y más elevada, y una perfección realmente triunfante. Si le impidiéseis ahora alzar el tesoro con el que pretende obsequiaros, ¿qué creeríais haber logrado? Precisamente éste debe ser ofrecido públicamente una y otra vez, para que sepáis de qué es ya hora, y también para que no queráis más jugar a ser ignorantes. Pues desde ahora el extranjero será testigo y juez del espectáculo que deis, y en su espejo podréis ver algo parecido a vuestra propia imagen, tal y como la justa posteridad la pintará un día de vosotros.

Suponiendo que con la ignorancia, la desconfianza, el encubrimiento, la burla y la calumnia logréis convertir el edificio sobre la colina de Bayreuth en una estéril ruina; suponiendo que ni siquiera consintáis de manera falsa e intransigente que la obra acabada se haga realidad, surta su efecto y dé testimonio de sí misma, entonces habréis de temer tanto el juicio de la posteridad como habréis de avergonzaros de las miradas de los contemporáneos extranjeros. Si un hombre en Francia, en Inglaterra o en Italia, después de haber ofrecido a todos los poderes y opiniones públicas, a pesar de los teatros, cinco³ obras de un estilo particularmente grande y poderoso, solicitadas y aclamadas incesantemente desde el norte hasta el sur; si un hombre así exclamara: «¡los teatros que existen no son adecuados al espíritu de la nación, como arte público son una vergüenza! ¡Ayudadme a crear un lugar para el espíritu nacional!», ¿no se le daría toda la ayuda posible, aunque sólo fuera por pundonor? ¡Claro que sí! Aquí no actuaría sólo el pundonor, ni sólo el temor ciego ante la miseria de las calumnias; aquí podríais simpatizar, aprender y tener complicidad, aquí podríais participar en el júbilo general de todo corazón, desde el momento en que os decidiérais a ayudar. Dotáis generosamente a todas vuestras ciencias de costosos talleres de ensayo, ¿y queréis permanecer inactivos, al margen, cuando al espíritu del arte alemán que se arriesga y ensaya se le debe construir un taller de este tipo? ¿Podéis mencionar algún momento de la historia de nuestro arte en el que se propusieran problemas más importantes en busca de solución y en el que se ofreciera un motivo más valioso para experiencias fecundas como ahora, cuando la idea expresada por Richard Wagner bajo el nombre *Obra de arte del futuro* debe convertirse en una presencia viva y visible? ¿Qué movimiento de las ideas, de las acciones, de las esperanzas y de los talentos se introduce con el hecho de que ante los ojos de cómplices representantes del pueblo alemán la gigantesca construcción de los Nibelungos con sus cuatro torres se eleve del suelo siguiendo el ritmo que

³ Probablemente Nietzsche se refiera a: *Tannhäuser* (1844), *Lohengrin* (1845-1847), la *Tetralogía* (1853-1871), *Tristán e Isolda* (1857-1859) y *Los maestros cantores* (1862-1867). [N. de la T.]



sólo puede aprenderse de su creador, qué movimiento hacia la más remota distancia provechosa y rica en esperanza! ¿Quién, ante esto, querría ser lo suficientemente osado como para por lo menos querer prever? Y en cualquier caso, si las olas se calmaran rápidamente y la superficie volviera a ser de nuevo lisa, como si nada hubiese pasado, esto no se debería al creador del movimiento. Pues si bien nuestra primera preocupación debe ser que la obra se realice, no nos agobia con menos fatiga nuestra segunda preocupación, es decir, la duda sobre si queremos que se nos encuentre lo suficientemente maduros, preparados y receptivos para dirigir en profundidad y en extensión el efecto en cualquier caso enorme y muy próximo de la obra.

Creemos haber mencionado que en cualquier lugar donde se han escandalizado y suelen escandalizarse de Richard Wagner se halla oculto un problema grande y fecundo de nuestra cultura; pero si ello siempre se ha tomado sólo como un estímulo para la crítica arrogante y la burla, y sólo en muy raras ocasiones para la reflexión, entonces esto nos hace a veces sospechar de manera vergonzosa que quizás el célebre «pueblo de los pensadores»⁴ ya haya acabado de pensar y que acaso haya sustituido el pensamiento por la oscuridad ¿Qué objeciones equívocas tenemos que encontrar sólo para evitar que el acontecimiento de Bayreuth de mayo de 1872 se confunda con la creación de un nuevo teatro, para explicar, por otra parte, por qué ningún teatro ya existente puede corresponderse con el sentido de esa empresa? ¡Cuánto trabajo cuesta hacer que los ciegos voluntarios o involuntarios tengan clarividencia sobre el hecho de que en la palabra «Bayreuth» no sólo está implícita una cantidad de personas o un grupo con aficiones musicales específicas, sino la nación, puesto que, incluso más allá de las fronteras de la nación alemana se llama a una participación seria y activa a todas aquellas personas que aman el ennoblecimiento y la purificación del arte dramático, y que han entendido el maravilloso presentimiento de Schiller: que acaso un día la tragedia evolucione hacia una forma más noble a partir de la ópera! Quien nunca haya olvidado reflexionar —aunque sea de nuevo sólo por pundonor— debe sentir y favorecer una empresa artística como un fenómeno *moralmente* memorable, una empresa que se ha producido con este grado de voluntad abnegada y desinteresada de todos los implicados, y que ha sido consagrada con el reconocimiento seriamente expresado por su parte de que a ellos el arte les parece algo elevado y digno, y sobre todo de que esperan de la música alemana y de su influencia transfiguradora sobre el drama popular el estímulo más importante de una vida original germánicamente expresada. Pero si seguimos creyendo incluso en algo más elevado y universal, entonces el alemán sólo aparecerá a las otras naciones como venerable y saludable cuando haya mostrado que es terrible y que, sin embargo, *mediante la contracción de sus fuerzas artísticas y culturales más elevadas y nobles quiere hacer olvidar que fue terrible.*

Hemos considerado que nuestra obligación es esta tarea alemana nuestra de advertir en este momento, precisamente ahora que tenemos que animar a apoyar

⁴ Sobre la expresión *Volk der Denker* encontramos una reflexión de Nietzsche en *Nachgelassene Fragmente 1869-1874*, dtv, München, 1988, pp. 739-740. [N. de la T.]

con todas las fuerzas una gran obra de arte del genio alemán. Allí donde siempre han subsistido sólo los rebaños de seria reflexión en nuestra agitada época, esperamos oír una voz alegre y simpática; en particular las universidades, academias y escuelas de arte alemanas no serán movilizadas en vano para manifestarse de manera individual o colectiva de acuerdo con el apoyo demandado; asimismo los representantes políticos de la prosperidad alemana en el Reichstag y en los Landtagen tienen un motivo importante para pensar que ahora más que nunca el pueblo necesita la purificación y la santificación mediante el hechizo y el espanto sublimes del auténtico arte alemán, si es que los impulsos de la pasión política y nacional poderosamente suscitados, y los rasgos ya registrados de la fisonomía de nuestra vida, como son la persecución del goce y la de la dicha, no obligan a nuestros descendientes a declarar que nosotros, los alemanes, empezábamos a perdernos cuando finalmente nos habíamos reencontrado.